

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I

Núm. 40

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)
En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO
D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALATRAVA, 19

SE PUBLICA
LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

CUADRO-REAL 15 DE NOVIEMBRE DE 1902.

LA DIFTERIA EN CIUDAD-REAL

La opinión está alarmada. La difteria, esa terrible enfermedad, especie de Herodes moderno, que en unos días y á veces en unas horas hace sus víctimas en la tierna infancia, segando en flor las esperanzas más rosadas, las ilusiones lisonjeras, ha hecho su aparición en Ciudad-Real, tomando tal incremento que en pocos días se han presentado numerosos casos graves, algunos seguidos de muerte casi instantánea.

No hay padre que al ver como se propaga la terrible enfermedad, no tiemble de espanto, no oprima contra su pecho á sus tiernos infantitos y no piense hasta emigrar de la población esta, ante el inminente riesgo que corre de perder á los seres más queridos.

Nosotros interesados como el que más en todo aquello que tienda á evitar días de luto á este pueblo, que no podemos menos que llamar enérgicamente la atención de nuestras Autoridades para que, reuniendo á la Junta de sanidad, se estudien los medios conducentes á atajar el mal, procurando que todos los facultativos tengan á su disposición sueros antidiftéricos, desinfectantes poderosos y lugares á donde aislar en último caso, á los pobres que habitan casas antihigiénicas con numerosos vecinos reunidos en montón, haciendo de este modo que se propague prontamente la enfermedad.

Veán las Autoridades y los médicos, que á veces bastan unas horas de descuido, para que ni las iyecciones antidiftéricas surtan el efecto que se desea, como ha pasado ahora con algunos infestados. Además, que si el suero no es fresco, lejos de beneficiar, lo que hace es poner en mayor riesgo al paciente.

Por todo esto, vuelva el señor Alcalde á hacer pedidos de suero antidiftérico, hágalos en pequeñas cantidades, pero amenudo para que de esta manera siempre se encuentre en las mejores condiciones de aplicarlo.

Por hoy nada más.

¿QUIÉN SERÁ?

Ayer un amigo mío
Con mucha formalidad,
Me dijo que hoy una chita

Que vive en la capital,
Y á la que gran simpatía
Yo la he llegado á inspirar;
Que espera todas las noches
Y con verdadero afán
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,
Por ver si es que trae algún artículo mío ó unos versos;
Y en cuanto siente llamar
A la puerta de la calle
Al repartidor puntual,
Presurosa á la escalera
Acude, para tomar
Ella misma este periódico;
¿Quién soñó una dicha tal?
Y aunque mi querido amigo
No me quiso decir más,
Por más que yo le hice ruegos
Mil y súplicas la mar,
De que me dijera solo
El nombre de la deidad,
No consintió ni un momento
El secreto quebrantar.
Y diz que una maritornes
Que sirvió no mucho há
En casa de mi lectora,
Y que la pudo observar
Un día tras otro día,
Es la que ha llegado á hablar
Y descubrir el secreto.
Yo no hago más que pensar
Si será bonita ó fea,
Si azules ojos tendrá
Y cabellos como el oro,
O si sus ojos serán
Más negros que son las moras,
Y con tanto preguntar,
Nada me responde, ¡nada!
Más dura que el pedernal.
Por esto me he decidido
Hoy esta copia á entonar,
Para que si ella el incógnito
Quiere desde hoy quebrantar,
Me dé tan solo un indicio
Que pueda yo averiguar,
Lo que es propio de estos casos,
Y llevara ante el altar
Del himeneo, enseguida
Si la deja su papá.

EMILIO BERNABEU.

Una súplica al Sr. Gobernador.

¿Quién no ha hecho, como aficionado per accidens ó como escritor per se, un Cuentecito, una Rápida, una Instantánea ó una Nota acerca de la niña que en las crudas noches del invierno vende periódicos acurrucada en el quicio de una puerta pidiendo á los transeuntes, en nombre de la Virgen Santísima, que la compren las dos últimas Correspondencias que la quedan para irse á dormir sin que su madre la pellizque la carál y la golpee la cabeza con la brutalidad que produce la ira al ver el egoísmo defraudada una ilusión que concibiera?

Yo recuerdo haber leído más de sesenta artículos sobre ese tema y el humanitarismo me impulsa á escribir uno más que sería el último que se escribiese si el Gobernador civil atendiera la súplica de un periodista humilde.

Aun en las noches que nieva abundantemente y la ventisca brutal azota con furia los cuerpos, cortándolos, se ven por las principales calles niños y niñas de cinco, seis, ocho y diez años ofreciendo, con la vocecilla enrojecida por el catayro, un periódico, el

último que la queda, para irse á dormir muy cálido.

Y algunos de esas criaturas, señor Gobernador civil, baten la nieve con sus pies descalzos y por pudor únicamente cubren su carne amoratada por el frío una faldilla de percal que chorrea aguahelada que llega á paralizar la sangre y á congestionar los pulmones.

Las almas caritativas depositan un perro chico ó una moneda de diez céntimos en las manecitas de esos mártires del infortunio; pero con esto solamente se logra mantener despierta la ilusión de los que explotán á esas criaturitas infelices.

Sería mejor, más prudente y más humano anunciar que á todo niño ó niña menor de doce años que se encontrara de noche en la vía pública dedicado á la venta ó pidiendo limosna se le conduciría á un asilo, sin que sus padres ó parientes pudieran solicitar su devolución, puesto que lo habían abandonado con crueldad manifiesta en el arroyo.

Esta sería una verdadera obra de caridad, señor Gobernador civil; este sería un paso dado en firme hacia la civilización; esto impediría que los hospitales se llenasen de niños infortunados víctimas de la nieve que caerá dentro de poco y del ventarrón que ya sopla destruyendo pulmones y agarrando gargantas.

Ponga por un instante su pensamiento en esas desdichadas criaturas que forman en las filas de la golfería andante, y seguramente realizará la hermosa obra caritativa que le recomiendo respetuosamente.

R. M. DE LA P.

CUENTOS

LA CANTAORA

Consuelo era el alma de aquel café cantante donde el ciego se hacinaba á espuestas, llevado y traído constantemente por los peligrosos parroquianos que habían establecido su cuartel general entre aquellas cuatro paredes ennegrecidas por el humo, ante las que se erguía en el centro del local el tablado de los cantaores, con aspecto de patibulo.

Pero la muchachita aquella de negros ojos, labios de grana, airoso cuerpo y cutis bronceado y de una finura exquisita, no se contaminaba jamás en aquella atmósfera enrarecida, irrespirable, que hacía malos á los buenos y criminales á los malos. Su pureza no se había manchado ni por nada ni por nadie. Las alas blancas de la paloma no se habían manchado en aquel estercolero.

Con su madre iba Consuelo al café y con la honradísima anciana regresaba á su hogar, un sobacane pequeño con mucho sol, mucho aire, flores en abundancia y con un canario que cantaba á dúo con la gitaniña sus penas hondas y sus grandes satisfacciones.

La cantaora tenía novio. Un muchacho honrado y decente, un señorito no por muy callado tímido, ni por muy

vergonzoso cobarde. Un hombre de bien de corazón varonil, de puños vigorosos y de espíritu tranquilo y siempre resuelto.

Antonio no iba jamás al café con Consuelo; la habían dicho tantas veces á la cantaora sus galanteadores que iban á echar las tripas fuera de un navajazo al hombre que pusiera en ella sus ojos, que la muchacha, acobardada, no había permitido jamás que su novio la acompañase al café, no obstante los requerimientos del muchacho.

—Yo—decía la linda gitana—tengo la mano lo bastante dura para hacermelo respetar sin comprometer á nadie.

Y Antonio callaba siempre, sugestionado por las afirmaciones persuasivas de la hermosa gitana.

Las amenazas de los matones del café llegaron, nos obstante, á oídos del prudente joven, y una tarde éste dijo á Consuelo de un modo categórico:

—¡Esta noche te acompaño al café?

—¿Qué estás disiendo?—exclamó con espanto la cantaora, que en aquel momento ponía la última horquilla á su caprichoso moño bajo de gitana.

—¡Eso! Que voy al café—contestó tranquilamente Antonio, encendiendo un pitillo.

—Pero ¿no sabes que yo no quiero que te roces con esa gente ni pa bien ni pa mal? ¿No ves que nos vamos á comprometer toos?

—Veremos lo que sabe.

—Te pío de rodillas, Antonio de mi arma, que te quees aquí esperándome. Se buenesito y hasme caso por otra vez.

—¡Te he dicho que voy!—contestó Antonio con firmeza, frunciendo el ceño.

Y añadió:

—Hemos concluido.

—Pus... ¡sea lo que Dios quiera!—exclamó Consuelo echándose á llorar.

Y no volvieron á cambiar una sola palabra los dos amantes.

El cafetín cantante estaba lleno de bote en bote por el público *sui generis* que acostumbraba á concurrir á establecimientos de esa naturaleza.

Cantaoras y tocaores desperdigados por diferentes mesas hacían la tertulia durante el descanso á los parroquianos más antiguos y de esplendidez más probada. Corría abundantemente el vino blanco, bautizado con el nombre sugestivo de Manzanilla.

Consuelo, luciendo el clásico mantón de Manila y convertida su gentil cabeza en un tiesto de claveles, ocupaba con Antonio una mesa cerca del tablado. Serios y graves, pero con manifiesta tranquilidad, hablaban los dos amantes, sin preocuparse de la algarabía ensordecedora que los rodeaba. La amorosa pareja era el *clou* de la noche, el blanco de todas las miradas.

Los cantaores ocuparon el tablado y Consuelo se dirigió á éste para tomar posesión de su puesto. Era la primera vez que en aquella noche cantaba la linda gitana.

Un diluvio de piropos y de exclamaciones cayó sobre Consuelo al subir la escalera del tablado y sentarse en la silla colocada en el centro de los guita-